

# Mis huellas en la arena

Julia Eskarra



# Capítulo 1

Siendo yo

Ser Julia Eskarra es una decisión diaria. Ser yo misma conlleva a llevar a cada calle, a cada sitio... mi historia.

Una historia que en varios instantes de mi vida, no importó; pero que, después de que la realidad acechó, todo se tornó confuso y doloroso.

Ni el cambio de ciudad realizó un corte de tajo en tales historias. Porque a donde quiera que vaya, hasta el final de mis días, seré ésa... yo! Julia Eskarra.

Ni el mar ha borrado las huellas, ni el viento se ha llevado los recuerdos. Después de tantos años, las historias siguen vivas, las miradas permanecen y los sueños las reavivan.

Secretos

Guardar un secreto; es lo que aprendí desde niña.

Para mí ha sido fácil hacerlo, y más, porque ello ha representado muchas veces, salvaguardarme de los demás, o de mi YO moralista, aterrizado en la realidad.

Mantener silencio me permite, resguardar lo que quiero callar para mí. Llenarlo de fantasía, de ilusión. Crear más historias a ese "secreto".

Recuerdo haber creado historias, como muchos niños; representadas en mis muñecos. Yo era parte de esas vocecillas, y esas voces me daban vida en la historia de amor infantil. Robert, entonces, tomaba forma, tenía un espacio en un mundo, en mí mundo... sólo para mí. Tenía una voz, ideas, frases y algunas veces cariños para mí.

En esas representaciones tenía, todo a mi favor. No existía el miedo, no tenía edad y Robert, atendía mis palabras. Existíamos en un tiempo real, satisfacía mis ilusiones y por mi cuerpo corrían sensaciones tan desconocidas como gratificantes.

Esa figura delgada, con una piel tersa, voz penetrante y grave; que pueden ejercer transporte en el tiempo, incluso en la actualidad. Sus manos gruesas y fuertes, y ese cabello, que tenía unos rizos negros que caían sobre su frente, lo hacían parecer más tierno de lo cotidiano, su mirada, esos ojos, que cuando me miraban, me hacían sentir como en un tornado, provocado por algodones de azúcar... dieron origen al prototipo de hombre que me llevó al desgarró de mi moral, de mi personalidad, de

mi alma entera.

Muchas veces he soñado con él, desde niña; habita en mis sueños; y aún, secretamente, sonrío al recordar el sueño de la noche anterior. Sólo que cuando lo soñaba de niña o adolescente, cerraba los ojos para que no se escaparan las imágenes y el olor a culpa me envolvía más y más.

Ahora, cuando me visita en los sueños, pretende recordarme lo mala que fui, encontrándose con la novedad, de que, aunque sigo cerrando los ojos, lo hago para disfrutar lo soñado. Julia Eskarra niña, disfruta y me permite perdonarme. La dejo que lo toque, que lo bese y lo ame, sin tanta culpa.

Sabor a limón

Fui la segunda hija de un matrimonio patriarcal (al principio de estas historias).

Mi padre, la mayor parte del tiempo ausente, por el trabajo o por decisión propia. Hombre fuerte, de rizos negros y piel morena. Sus ojos color miel dejaban salir cierta ternura cada vez que me tenía cerca. Secretamente siempre he sabido que soy su favorita. Pocas veces me ayudó a resolver labores de la escuela; pero las dos veces que lo hizo, fueron mis días favoritos con él. Siempre exigente, logró que me aprendiera estados y capitales; aún recuerdo ese día; una tenue luz amarilla al final de la sala, vislumbraba la figura masculina, y aún borroso mi complejo de Electra, enmarca la imagen en mi mente. Resuenan los estados, recitados en orden como si fuera una oración a un dios griego, con esa voz grave y mi emoción por el tiempo que mi padre me dedicaba; me hacía sentir importante, especial; ya que cuando él llegó a apoyar a mi hermana, le tenía poca paciencia y, ella por lo regular terminaba llorando.

Mi madre, ama de casa, obsesiva por la limpieza y dedicada a la familia. Su cariño lo pulía en los pisos y lo mezclaba en las salsas del medio día. Lo tallaba y hacía relucir en las tobilleras de la escuela y lo disolvía en el agua para la comida. Poco expresiva con palabras o frases, pocos abrazos o caricias; así aprendió a amar a los suyos y, así vivimos su amor. Entre pasteles para cumpleaños y limpiando el recipiente donde batía su cariño; sabor a limón de pastel casero; así sabía su cariño, así olía su amor.

Mi hermana, como toda hermana mayor; o más bien dicho, como pocas. La dejaron al cuidado de una bebé, porque mi padre, no le permitió a mi madre, mantenerme en su habitación nupcial. Así que mi hermana, me atendía de noche, me daba la mamila y me enseñó a rezar... aún rezo como ella me enseñó. Siempre me protegió, para ella, esa era su misión y la realizó con afán constante y amor; pero Julia Eskarra, nació con el alma libre y muchas veces sentía ganas de estar sola y libre. Así, que si había

modo, me escabullía de sus cuidados.

Así transcurrió mi niñez, en un ambiente con olor a caña de azúcar recién cortada y el calor intenso, hacían de aquel poblado, un lugar feliz para crecer. No hacía falta nada, cuando faltaba tanto.

Mandolinas bajo la mesa

Idealizar a alguien es una de las prácticas más comunes de los seres humanos, y, sobre todo de los niños. La inocencia, hace creer que cada parte de las personas que amamos son, como pensamos que deberían ser; perfectos seres, sin errores, sin pecados, sin deseos o pasiones, alejados de sueños y anhelos; sólo entonces llenos de lo que nosotros necesitamos.

Así mi padre, tenía una figura en mi imaginación, intacta durante mucho tiempo. Era entonces un hombre responsable, trabajador, fuerte, atractivo... joven... y, lejos de mi ideal habitaba él, con deseos, que yo desconocía, que ni siquiera identificaba.

Era una tarde calurosa de zafra, donde en el jardín, sólo se reconocía el oscuro tizne, que lentamente manchaba todo lo que tocaba; y como mal augurio, llegó a casa. Las gotas de sudor mojaban mi pequeña frente; el juego intenso entre correr por el patio y llamar la atención de las visitas de mi padre en la casa; hacían que parecieran pequeñas lágrimas saladas a rodar por mi cara. Por el contrario, yo estaba feliz, era un mundo de gente que rondaba el jardín y el comedor de la casa; sentados los compañeros de mi padre en aquél pesado juego de jardín; uno a uno hablaban de manera atropellada, hasta que, sonaban las primeras notas de la estudiantina. Todos con sus capas negras, en el previo ensayo a una presentación próxima; algunos de ellos felices y transparentes en su imagen, otras por el contrario, con algo que esconder abajo de esa capa larga, negra; ni los colores vivos de sus listones hacían aparecer destellos de alegría, algo sombrío se dibujaba en sus vestiduras.

Después de algunas canciones y varias risas, mi madre acercaba jarras llenas de limonada fresca para las visitas de mi padre. Pero la limonada no fue capaz de enfriar los ánimos, ni los deseos de la piel. Así, después de la primera ronda de canciones y risas, se llegó una pausa... donde por debajo de la mesa, vi a mi padre, por primera vez, como un hombre; dejando de ser mi padre, haciendo a un lado la familia, estrujando la mano de una joven.

Ahí cesaron las notas, ahí se desfiguró la cálida imagen de la inocencia, en ese momento, se perdió el recuerdo del calor y el tizne. Esa imagen ha estado en mis secretos, como la imagen viva de la realidad. Muchos años pasé confundida, otros, simplemente, ignoré la situación. Hasta que, un día caluroso, analizando mi realidad, sin filtros, ni ideales absurdos de mi

propio ser; salió de mi mente como una justificación muy conveniente.

Nunca me he atrevido a cuestionar a mi padre sobre esa joven de rizos hasta la cintura y de figura hermosa, o sobre qué sucedió en realidad aquél día. Pero estoy segura que, sin duda, él no lo recuerda como yo, quizá ni siquiera lo tenga guardado o no sea capaz de externarlo. Así como todos tenemos secretos inconfesables y más, cuando se trata de exponernos frente a quienes tienen una imagen impecable de nosotros.

Con secretos o sin ellos, con manos tomadas a escondidas bajo la mesa, con miradas furtivas, con deseos ocultos, ya perdoné a ese padre joven, perdoné a Julia Eskarra por haber ocultado ese incidente por tantos años y dejarlo escapar en su propia vida.

## Infidelidad

La infidelidad es un hecho, un sueño, una pesadilla, un deseo, un horror combinado con adrenalina. Que sólo el que es infiel conoce, reconoce, padece y disfruta.

Existen distintos tipos de infieles; aquel que lo niega aún cuando las evidencias son palpables y dolorosas, aquel que se hace pasar por víctima, culpando a todos los que lo rodean, haciéndoles creer que el ambiente o las circunstancias lo orillaron; el que se enamora hasta la perdición y olvida hasta el nombre; el cínico, que lo confronta con burla y, Yo.

Julia Eskarra, que sabe de dónde viene el origen y a dónde fue a dar todo.

Fui infiel, me fui infiel a mí misma, a mi pareja, a mi familia, a mis principios, a mi vida. Ser infiel, no sólo es romper con un esquema, es destrozarse el amor, la confianza. Es sumirse en el más profundo dolor, confusión, guardar el secreto para no terminar de caer hasta el fondo; cuando el fondo es lo que ya se ha tocado desde hace tanto. No saber dónde termina el fango y dónde comienzan mis piernas, no sentir las; sólo tener una gran necesidad de querer correr y desaparecer. Tener la gran disyuntiva, entre sumirse más en el lodo o, limpiarse el cuerpo y salir corriendo para no volver.

Necesidad de nada, necesidad de todo. De verdad, de expiación; necesidad de un lugar donde resguardarse de la tromba que azota la realidad, necesidad de un respiro de la vida, de un querer volver a donde aún no comenzaba nada, donde no aparecía la pena y el miedo, donde el duelo no ha aparecido. Volver todo a comenzar de nada es lo único que podría parecer más conveniente, cuando en realidad no conviene nada, no apetece nada, todo duele, todo apena, todo aflige. Ser simplemente Julia Eskarra corroe el alma, desprende a pedazos el corazón y no deja dormir,

ni caminar, ni comer, ni vivir. Será mejor no ser.

## Siluetas

Los días han pasado tan lentos y silenciosos, sólo puedo recordar las campanas de la Iglesia vecina; tan huecas, tan secas. Los labios no han podido pronunciar lo que calla la razón, sumida en la perdición del pecado latente y doloroso. Nacer en una familia con creencias tan marcadas, dejan de lado la posibilidad de cometer errores, de verlos como algo natural y como parte de un crecimiento. Así, se quedan tatuados los pecados en lo más profundo de la consciencia y se vive con ellos, y, se muere con ellos.

Es caminar como en un sueño, sólo con la toalla enrollada en el cuerpo, a la vista de todos y que nadie lo note. Sentía que mi mirada podría dejar asomar a los demás a mi interior y ver a quién erróneamente amaba. Ese amor infantil llegó a la adolescencia, donde las dudas crecen y los deseos se hacen cada vez más profundos. Ese personaje cálido se volvió más cercano conforme avanzaban los años; y, en las vacaciones, era la ocasión ideal para ver germinar más ilusiones.

El frío invierno anida con gracia la calidez navideña y con ella, su llegada a la ciudad. Las reuniones familiares eran una bendición. Su voz cada vez más gruesa erizaba mi piel cada vez que pronunciaba mi nombre. Tenía entonces once años y muchos secretos. Y éste, se convirtió en el primero de los más dolorosos y apetecibles de mis inmaduros recuerdos.

Caminábamos juntos por el callejón oscuro y silencioso, mi pecho parecía una estampida de latidos y mi boca sellada por no poder decir cuánto lo amaba. Sólo así, nuestro andar se escuchaba en la penumbra y nuestro cálido aliento salía por nuestras bocas. Hasta que de pronto, se detuvo, me tomó de la mano. Mi cabeza daba vueltas y sin pronunciar palabra alguna me sostuvo por un momento y me besó.

Un árbol descuidado y viejo observaba la escena que mi mente y mi alma quería capturar por toda la eternidad. Un primer beso, de alguien que sientes amar, es tan definitivo, tan dulce. Ese primer beso mantenía tibias las ilusiones de un primer amor, de un amor impuro.

Las siluetas se quedaron fijas en la neblina de la fría noche y ahí las memorias más tiernas.

Cerrar los ojos, ha sido un hábito que aprendí desde entonces; donde detesto que me hablen, porque en mi fantasía, pasan las mejores escenas de una historia fantasmal. Y así sucedía cada vez; donde él no era nada mío, donde no estábamos, donde estábamos, donde yo decidía qué

pasaba, donde no eran siluetas en la neblina.

Posterior a ese invierno todo cambió, Julia Eskarra, se tornó en un amor correspondido en mi fantasía y en una realidad invernal. Doloroso comenzar al amor y al deseo, donde nadie puede saber, donde seguirá siendo un secreto.

Recorriendo tu cuerpo

En el fondo del vacío sólo aparecen notas rotas, de una melodía sin sentido. Existe música que hace vibrar el alma y otra, que no lleva armonía para ningún recuerdo. Aquella noche parecía afónica, ninguna canción parecía llegar a mi memoria, y mi pensamiento, necio, quería evocar alguna nota, que lo hiciera regresar al instante en que estaba.

Ya habían pasado algunos meses desde aquel beso furtivo, que había dado cabida a la esperanza y a la ensoñación; era verano. Sin embargo, en la ciudad donde estaba Julia Eskarra de vacaciones, el calor no se hacía presente. Sólo deambulaban algunos aromas, se paseaban por el espacio, para encapsular el momento preciso. Un olor a fresa y naranja, adornaba la mesa, mientras en las escaleras se mezclaban perfumes parisinos y un olor a jabón; se quedaban impregnados en la alfombra, y, en cada paso era posible aspirarlos y guardarlos en el cofre de los secretos. Nunca tantos olores se quedaron conmigo; aún cuando llego a percibirlos en alguna parte, puedo sentir de nuevo el primer escalofrío del deseo, el miedo y la culpa.

Entrada la noche, sólo el nerviosismo y la emoción recorría la piel, circulaba por mis pensamientos, mil cosas y nada a la vez. Sabía que todos dormían en ese momento, menos él. Me esperaba abajo. No hizo falta hablar sobre ello, sólo sabíamos que esa noche podríamos encontrarnos. En mi inocencia, soñaba sólo con volver a tocar sus labios tibios y dulces, no pensaba, ni imaginaba siquiera lo que sucedería.

Mis pies, tocaban cada uno de los escalones, levantando la consciencia, llevándola a una cápsula de ensueño; mi aliento cada vez más agitado y mi corazón al punto del embate. Estaba ahí, junto al trinchador de cristales biselados y lleno de porcelana fina; con la mirada baja y sus rizos enmarcando el secreto. No dijo nada; no era necesario, al momento de estar frente a frente, nuestros labios se rozaron y en un vuelco nuestros rostros se perdían. Jamás había pensado que un beso pudiera ser así... tantas cosas a la vez, y nada en unos minutos. Un beso de esa medida, hace perder la noción del tiempo, los pensamientos se tornan erráticos y se van. Sólo el correr de tantas sensaciones nuevas parecían acallar la moral. Y en un instante, todo se transformó. Tomó mi mano y la recorrió por lugares desconocidos y terriblemente excitantes. El estómago se dio un vuelco y la razón apareció; los sonidos de los coches de la calle vecina aparecieron y el miedo a mí misma, a lo oculto, me detuvieron. Quitó mis

manos de donde quiera que estuvieran y aparté mis labios de sus besos hechiceros.

El ambiente se detuvo, el espacio tomó colores fúnebres, combinados con carmín. Lo amaba, pero no sabía si así.

A la mañana siguiente, los rayos del Sol, iluminaron todo; no dejaron espacio en penumbra. Sólo mi corazón resguardaba el recuerdo de las sombras de la noche anterior, del calor, del silencio. Y afuera, las canciones sonaban a incertidumbre, somos tanto y sé que no somos nada. Un adiós se quedaba en el aire, un beso de despedida se quedó a la espera; todo ha cambiado, ya no huele a nada.

Hasta los cabellos

Los días han transcurrido para Julia Eskarra, tan lentos y sombríos. La realidad se tiene que vivir, aún cuando no reconozco ni un ápice de mi consciencia y mi alegría.

Despedirme aquél día, sin decir una palabra; fue quizá un error más. Sin embargo; ahora reconozco que debí cerrar aquel episodio de mi adolescencia. Debí decir "adiós", adiós a las sensaciones, adiós a los deseos, adiós a mi imaginación e ilusiones, por esa imagen y amor infantil. Pero me salí derramando pena, desbordando angustia e incertidumbre, se me quedó el amor y me llevé la pérdida de identidad y el asco por mis sensaciones.

Porqué sentir asco por una parte de mí. Así viví muchas veces. La culpa carcome, agusana, apesta.

Mis días de candor habían terminado, en la familia mucha gente me quería; tíos, primos, mis padres y hermana. Hasta que la verdad asomó su pésima cara.

No sé aún, si habría sido mejor que nadie supiera lo acontecido y vivir con esta carga durante toda mi vida o lo que en realidad sucedió. Aquella catástrofe familiar, donde tantas palabras fueron las más lastimeras de mi vida, donde la gente se sintió con el derecho de llamarme de tantas formas, que a veces siguen doliendo.

Sigo sin reconocer la temporada, estación, o mes del año, en que sucedió todo. Mi madre tenía tiempo que notaba algo en Julia Eskarra, sobras en sus sonrisas y dolor en sus palabras, quizá; no recuerdo, ni me he atrevido a tocar el tema en casa. Ella logró llevarme al límite de mis secretos y no pude más. Las frases salían de manera aventurada y desfigurada, no lograba hilar las ideas y lo único que mi mente dejó claro,

fue que lo besé. Sí!!! a mi primo. Al fin descansaba mi ser, 8 años de cargar con ese pecado. A mis trece años parecía caerse el mundo.

Mis padres estallaron en reclamos, mis tíos en ofensas y burlas. Ojos acusadores y nadie se preguntaba si realmente era tan grave para dejar una huella indeleble en mi alma.

Putas me llamaron por primera vez, personajes con piedras como palabras, hierro incandescente calentaban en las mesas de las reuniones familiares, comentarios humillantes en los pasillos. Otros callaban solamente y más de alguno me miraba con compasión, pero nadie se preguntó por mí; o al menos así lo viví yo.

Hundida en lo mundano, en las injurias, batida de fango hasta los cabellos; difícilmente salir de ahí. Por primera vez desee correr y desaparecer.

Las frases se escapan

Después de los eventos sucedidos en la familia, las cosas, por sí mismas se fueron poniendo en su lugar. Ya pocos comentaban, a veces algunos discrepaban en sus opiniones sobre lo que Julia Eskarra había hecho a su corta edad. El paso de los días, el transcurrir de los meses, dio un respiro a mi vida.

Trataba de seguir, aún cuando el recuerdo y las sombras caminaran conmigo; las dejé acompañarme a clases, interferir en mis pensamientos. Al fin y al cabo eran mías.

La popularidad en la escuela no era conocida, ver pasar a las amigas con chicos pendientes de ellas; me hacía pensar que quizá no era como ellas, por lo que callaba. El amor se había quedado en pausa, mis ilusiones guardadas para alguien que pudiera amar.

Aquella tarde llovía, parecía que las nubes habían juntados sus ánimos más trastornados y los dejaban caer sobre la ciudad. A mí, me encantaba, me reconfortaba ver caer las gotas regordetas en las aceras de las calles y pensaba que esas mismas gotas mojaban al que un día llegaría a mi vida.

La gente dice que cada persona llega a tu vida a enseñarte algo; tú llegaste a enseñarme muchas cosas. Aún no sé cómo llamarte en esta líneas, no sé cómo definirte dentro de lo que vivimos. Estás compuesto de tantos tintes, que unos se destiñen bajo las gotas de lluvia y otros brillan cuando el Sol te ilumina.

Han pasado 27 años desde aquel encuentro que tuvimos por primera vez y parece que siguen las imágenes en ese espacio. Llovía, llovía tanto que las voces de los alumnos de la escuela no se escuchaban. Estaba sentada

en la banca de los laboratorios cuando llegaste. Mojado, agitado, pero seguro de lo que dirías; te presentaste como si supieras que te esperaba sin saberlo. Enrique dijiste llamarte; en ese momento no distinguía la forma de tus cabellos negros, tus ojos tiernos me observaban interesado cuando dije mi nombre. Mentiría si dijera de qué hablamos, mis recuerdos sólo permiten evocar sensaciones, colores, aromas; pero las frases se escapan mientras pasan los años.

El olor a tierra mojada y a tu perfume, dejaba una estela de luz cada vez que cerraba los ojos. Y de pronto, después de un silencio largo, tocaste mi cabeza por la nuca, deslizando tus dedos entre mi lacio y negro cabello. Me acercaste a ti y me besaste. Qué sabor extraño el de tus labios, la sal corría por las gotas de lluvia que bajaban por tu rostro; tratando de enfriar aquellos besos silenciosos.

Había despertado Enrique a la mujer que pretendía mantenerse alejada del anhelo de más cosquillas por el cuerpo, de ilusiones nuevas, de una historia más cercana a los parámetros de la sociedad. Ah, que alejada de todo eso es esta historia.

Un amor ardiente, doloroso, visceral y con segunda parte; no era lo que buscaba, pero llegó y lo recibí, participé como soy. Con todo lo controvertida que es el alma de Julia Eskarra, tierna, promiscua, perversa, buena.

## Algo extraño

Un día así, como hoy, lluvioso, frío; donde todo parece que es normal, donde la rutina da un toque de seguridad y hace que la realidad esté bien, en paz. Un día como hoy, que deja sólo a la imaginación que algunas historias puedan vagabundear por mi realidad, un día como hoy, sucedió algo extraño.

Mi correo electrónico me había jugado una mala broma, pues tenía meses en que no podía ni abrirlo; pero esa mañana de manera extraña, abrió. Había un correo algo insólito; al momento me dio un brinco el estómago, sentía que todas las miradas estaban en mi computadora. Enrique?; desde los diecisiete años no sabía nada de él.

Ha pasado tanto tiempo y en ningún espacio lo había encontrado. Muchas veces hacía historias sobre cómo podría ser verlo de nuevo; mi mente buscaba la mejor manera de encontrarlo. Recuerdo en varias ocasiones haber pedido al universo, que cuando lo encontrara, fuera cuando estuviera en un punto de mi vida, en que ésta fuera plena. No quería que me encontrara gorda, fracasada o infeliz.

Me había hecho tanto daño, que no quería darle el gusto de reírse de nuevo de mi. No sabía qué tipo de vida habría llevado, sólo sabía que se había casado joven. Al parecer Enrique embarazo a la chica. Muchos años

le guardé mucho rencor; el dolor me había llevado a odiarlo, a hablar de él de una manera despectiva.

Inexplicablemente, un par de días antes de poder abrir mi correo, había llegado a la conclusión de que era momento de perdonarlo. Quizá la inexperiencia de mi parte le permitió tanta humillación y abuso; un amor enfermizo había sido esa historia adolescente. De la que me costó mucho tiempo y lágrimas reponerme.

Un correo atiborrado de frases que pretendían tocarme en el instante en que lo abriera, me dejó pasmada. Aparecía, ahí estaba, y, sin saber qué hacer, sentí que el cielo y el infierno se confundían en sus tonos azulados y rojizos. Tenía fecha de mi cumpleaños, habían pasado algunos meses desde que él lo había escrito.

Mi decisión pendía de un hilo, no sabía si responder o dejar las cosas en el olvido; en un olvido que no dejó del todo aquella historia. Mis dedos se movieron después de varios minutos de estar frágiles, helados y paralizados; de pronto una emoción desconocida corrió por mi cuerpo. Respondí concisamente, tecleando algunas palabras que dejaban asomar la dicha que brillaba en mis ojos.

Enrique estaba de vuelta.